

su lado, y ni aun la dejaba el triste consuelo de llorar á solas sus desgracias. Llegó la noche, y con ella la hora en que á la hija de Leoncio se le aumentó la pena. Pero ¡qué fué de ella cuando, habiéndola desnudado sus criadas, la dejaron sola con el condestable! Preguntóle éste respetuosamente cuál era el motivo de aquel decaimiento en que parecia que estaba. Turbó esta pregunta á Blanca, quien fingió que se sentia indispueta. Al pronto quedó el esposo engañado, pero permaneció poco en su error. Como verdaderamente le tenia inquieto el estado en que la veía, y la instaba á que se acostase, estas instancias, que ella interpretó mal, ofrecieron á su imaginacion la idea mas amarga y cruel, tanto que no siendo ya dueña de poderse reprimir, dió libre curso á sus suspiros y á sus lágrimas. ¡Oh, qué espectáculo para un hombre que pensaba haber llegado al colmo de sus deseos! Entonces ya no puso duda en que en la aficcion de su esposa se ocultaba alguna cosa de mal agüero para su amor. Con todo eso, aunque este conocimiento le puso en términos casi tan deplorables como los de Blanca, pudo tanto consigo, que supo disimular sus recelos. Repitió las instancias para que se acostase, dándole palabra de que la dejaria reposar quietamente todo lo que hubiese menester, y aun se ofreció á llamar á sus criadas si juzgaba que su asistencia le podia servir de algun alivio. Respondió Blanca, serena da con esta promesa, que solamente necesitaba dormir para reparar el desfallecimiento que sentia. Fingió creerla el condestable. Acostáronse los dos, y pasaron una noche muy diferente de la que concede el amor y el himeneo á dos amantes apasionados.

Mientras la hija de Sifredo se entregaba á su dolor, andaba el condestable considerando dentro de sí, qué cosa podia ser la que llenaba de amargura su matrimonio. Persuadiase que tenia algun competidor; pero cuando le queria descubrir, se enredaban y confundian sus ideas, y sabia solamente que él era el hombre mas infeliz del mundo. Habia pasado con este desasosiego las dos tereeras partes de la noche, cuando llegó á sus oidos un ruido confuso. Quedó sumamente sorprendido, sintiendo ciertos pasos lentos en su mismo cuarto. Túvolo por ilusion, acordándose de que él por sí habia cerrado la puerta luego que se retiraron las criadas de Blanca. Descorrió no obstante la cortina de la cama para informarse por sus propios ojos de la causa que podia haber ocasionado aquel ruido; pero habiéndose apagado la luz que habia quedado encendida en la chimenea, solo pudo oir una voz débil y ténue que llamaba repetidamente á Blanca. Encendiéronse entonces sus celosas sospechas, convirtiéndose en furor: sobresaltado su honor le obligó á levantarse, y considerándose obligado á precaver una afrenta, ó á tomar venganza de ella, echó mano á la espada, y con ella desnuda acudió fu-

rioso hácia donde creía oir la voz. Siente otra espada desnuda que hace resistencia á la suya; avanza, y advierte que el otro se retira. Sigue al que se defiende, y de repente cesa la defensa, y sucede al ruido el mas profundo silencio. Busca á tientas por todos los rincones del cuarto al que parecia huir y no le encuentra. Párase, escucha, y ya nada oye. ¡Qué encanto es este! Acércase á la puerta, que á su parecer habia favorecido la fuga del secreto enemigo de su honra; tienta el cerrojo, y hállala cerrada como la habia dejado. No pudiendo comprender cosa alguna de tan estraño suceso, llama á los criados que estaban mas cercanos, y como para eso abrió la puerta, cerrando el paso de ella, se mantuvo con cautela para que no se escapase el que buscaba.

Á sus repetidas voces acuden algunos criados todos con luces. Toma él mismo una, y vuelve á ecsaminar todos los rincones del cuarto, siempre con la espada desnuda. A ninguno halla, y no descubre ni aun el menor indicio de que nadie haya entrado en él, no encontrándose puerta secreta, ni abertura por donde pudiera introducirse. Sin embargo, no le era posible cegarse ni alucinarse sobre tantos incidentes que le persuadian su desgracia. Esto despertó en su fantasía gran confusion de pensamientos. Recurrir á Blanca para el desengaño, parecia recurso inútil igualmente que arriesgado, pues le importaba tanto ocultar la verdad, que no se podia esperar de ella la mas leve esplicacion. Adoptó, pues, el partido de ir á desahogar su corazon con Leoncio, despues de haber mandado á los criados se fuesen, diciéndoles que creia haber oido algun ruido en el cuarto, pero que se habia equivocado. Encontró á su suegro que salia de su aposento, habiéndole despertado el rumor que habia oido, y le contó menudamente todo lo que le habia pasado, con muestras de estraña agitacion y de un profundo dolor.

Sorprendióse Sifredo al oir el suceso; y no dudó ni un solo momento de su verdad, por mas que las apariencias la representasen poco natural, pareciéndole desde luego que todo era posible en la ciega pasion del rey, pensamiento que le afligió vivamente. Pero lejos de fomentar las celosas sospechas de su yerno, le representó en tono de seguridad que aquella voz que se imaginaba haber oido, y aquella espada que se figuraba haberse opuesto á la suya, no podian ser sino fantasías de una imaginacion engañada por los celos: que no era posible que ninguno tuviese aliento para entrar en el cuarto de su hija: que la tristeza que habia advertido en ella, podia ser efecto natural de alguna indisposicion: que el honor nada tenia que ver con las alteraciones de la salud: que la mudanza de estado en una doncella acostumbrada á vivir en la soledad, y que se veía repentinamente entregada á un hombre sin haber tenido tiempo para conocerle ni amarle, podia muy bien ser la causa de aquellos suspiros, de aquella

afliccion, y de aquel amargo llanto: que el amor en el corazon de las doncellas de sangre noble solo se encendia con el tiempo y con los obsequios; y que así le aconsejaba calmase sus recelos y aumentase su amor y sus finezas, para ir disponiendo poco á poco á Blanca á mostrarse mas cariñosa; y que le rogaba en fin, volviese hácia ella, persuadido de que su desconfianza y turbacion ofendian su virtud.

Nada respondió el condestable á las razones de su suegro, ó porque en efecto comenzó á creer que pudo haberle engañado la confusion en que estaba su espíritu, ó porque le pareció mas conveniente disimular, que intentar en vano convencer al anciano de un acontecimiento tan desnudo de verosimilitud. Restituyóse al cuarto de su muger, se volvió á la cama y procuró lograr algun descanso de sus penosas inquietudes á beneficio del sueño. Por lo que toca á Blanca no estaba mas tranquila que él, porque habia oido claramente todo lo que oyó su esposo, y no podia atribuir á ilusion un lance de cuyo secreto y motivos estaba tan enterada. Estaba admirada de que Enrique hubiese pensado en introducirse en su cuarto despues de haber dado tan solemnemente su palabra á la princesa Constanza; y en vez de darse el parabien de este paso, y de que le causase alguna alegría, lo conceptuó como un nuevo ultraje, que encendia en cólera su pecho.

Mientras la hija de Sifredo preocupada contra el jóven rey le juzgaba por el mas pérfido de los hombres, el desgraciado monarca, mas prendado que nunca de su amada Blanca, deseaba hablarle para desengañarla contra las apariencias que le condenaban. Hubiera venido mucho mas presto á Belmonte para este efecto, á habérselo permitido los cuidados y ocupaciones del gobierno, ó si antes de aquella noche hubiera podido evadirse de la corte. Conocia bien todas las entradas de un sitio donde se habia criado, y ningun obstáculo tenia para hallar modo de introducirse en la quinta, habiéndose quedado con la llave de una entrada secreta que comunicaba á los jardines. Por estos llegó á su antiguo cuarto, y desde él se introdujo en el de Blanca. Fácil es imaginar cuanta seria la admiracion de este príncipe cuando tropezó allí con un hombre y con una espada que salia al encuentro de la suya. Faltó poco para que no se descubriese, haciendo castigar en aquel mismo instante al temerario que tenia atrevimiento de levantar su mano sacrílega contra su propio rey; pero la consideracion que debia á la hija de Leoncio suspendió su resentimiento: se retiró por donde habia entrado, y mas turbado que antes, volvió á tomar el camino de Palermo. Llegó á la ciudad poco antes que despuntase el dia, y se encerró en su cuarto, tan agitado, que no le fué posible lograr ningun descanso, y no pensó mas que en volver á Belmonte. La seguridad de su vida, su mismo honor, y sobre todo su amor, le



escitaban á que procurase saber sin dilacion todas las circunstancias de tan cruel acontecimiento.

Apénas se levantó, dió órden que se previniese el tren de caza, y con pretexto de querer divertirse en ella, se fué al bosque de Belmonte con sus monteros y algunos cortesanos. Cazó por disimulo algun tiempo, y cuando vió que toda su comitiva corria tras de los perros, él se separó, y marchó solo á la quinta de Leoncio. Estaba seguro de no perderse, porque tenia muy conocidas todas las sendas del bosque; y no permitiéndole su impaciencia atender á la fatiga de su caballo, en breve tiempo corrió todo el espacio que le separaba del objeto de su amor. Caminaba discurriendo algun pretexto plausible que le proporcionase ver en secreto á la hija de Sifredo, cuando, al atravesar un sendero que iba á dar á una de las puertas del parque, vió no lejos de sí á dos mugeres que estaban sentadas en conversacion á la sombra de un árbol. No dudó que eran algunas personas de la quinta, y esta vista le causó algun sobresalto; pero su agitacion llegó á lo sumo cuando, volviendo aquellas mugeres la cabeza al ruido que hacia el caballo, reconoció que su adorada Blanca era una de ellas. Habia salido de la quinta llevando consigo á Nise, criada de su mayor confianza, para llorar con libertad su desdicha en aquel sitio retirado.

Luego que Enrique la conoció, fué volando hácia ella, precipitóse, por decirlo así, del caballo, arrojóse á sus piés, y descubriendo en sus ojos todas las señales de la mas viva afliccion, le dijo enternecido:—Suspende, bella Blanca, los ímpetus de tu dolor. Las apariencias confieso que me hacen parecer culpable á tus ojos; mas cuando estés enterada del designio que he formado con respecto á tí, puede ser que lo que miras como delito te parezca una prueba de mi inocencia y del esceso de mi amor. Estas palabras, que en el concepto de Enrique le parecian capaces de mitigar la pena de Blanca, solo sirvieron para ecsacerbarla mas. Quiso responderle; pero los sollozos ahogaron su voz. Asombrado el príncipe de verla tan turbada, prosiguió diciéndole:—Pues qué, señora, ¿es posible que no pueda yo calmar el desasosiego que os agita? ¿Por qué desgracia he perdido vuestra confianza, yo que espongo mi corona y hasta mi vida por conservarme solo para vos? Entonces la hija de Leoncio, haciendo el mayor esfuerzo sobre sí misma para esplicarse, le respondió:—Señor, ya llegan tarde vuestras promesas: no hay ya poder en el mundo para que en adelante sea una misma la suerte de los dos.—¡Ay Blanca! interrumpió el rey precipitadamente, ¡qué palabras tan crueles han proferido tus labios! ¿Quién será capaz en el mundo de hacerme perder tu amor? ¿Quién será tan osado que tenga aliento para oponerse al furor de un rey que reduciria á cenizas toda la Sici-

lia antes que sufrir que ninguno os robe á sus esperanzas?—Inútil será, Señor, todo vuestro poder, respondió con desmayada voz la hija de Sifredo, para allanar el invencible obstáculo que nos separa. Sabed que ya soy muger del condestable.

—¡Muger del condestable! exclamó el rey dando algunos pasos atrás; y no pudo decir mas; tan sorprendido quedó de aquel impensado golpe. Faltáronle las fuerzas, y cayó desmayado al pié de un árbol que estaba allí cerca. Quedó pálido, trémulo, y tan enagenado, que solo tenia libres los ojos para fijarlos en Blanca de un modo tan tierno, que desde luego la dejaba comprender cuanto le habia afligido el infortunio que le anunciaba. Blanca por su parte le miraba tambien con semblante tal, que manifestaba ser muy parecidos los afectos de su corazon á los que tanto agitaban el de Enrique. Mirábanse los dos desventurados amantes con un silencio en que se dejaba traslucir cierta especie de horror. Por último, el príncipe volviendo algun tanto de su trastorno por un esfuerzo de valor, tomó de nuevo la palabra y dijo á Blanca suspirando: —¡Qué habeis hecho, señora? Vuestra credulidad me ha perdido á mí, y os ha perdido á vos.

Resintióse Blanca de que el rey á su parecer la culpase, cuando ella vivia persuadida de que tenia de su parte las mas poderosas razones para estar quejosa de él, y le dijo:—¡Qué, señor, pretendéis por ventura añadir el disimulo á la infidelidad? ¡Querriais que desmintiese á mis ojos y á mis oídos, y que á pesar de su testimonio os tuviese por inocente? No, señor, confieso que no me siento con valor para hacer esta violencia á mi razon.—Sin embargo, dijo el rey, esos testigos de que tanto os fiais, os han engañado ciertamente. Han conspirado contra vos, y os han hecho traicion. Tan verdad es que yo estoy inocente, y que siempre os he sido fiel, como lo es que vos sois esposa del condestable.—¡Pues qué, señor, repuso Blanca, negaréis que yo misma os oí confirmar á Constanza el don de vuestra mano y de vuestro corazon? ¡No asegurásteis á los grandes del reino que os conformaríais con la voluntad del rey difunto, y á la princesa que recibiria de vuestros nuevos vasallos los homenajes que se debian á una reina y esposa del príncipe Enrique? ¡Mis ojos estaban fascinados! Confesad, confesad mas bien, infiel, que no creísteis debia contrapesar el corazon de Blanca el interes de una corona; y sin abatir á fingir lo que no sentis, ni quizá habeis sentido jamas, decid que os pareció asegurar mejor el trono de Sicilia con Constanza, que con la hija de Leoncio. Al cabo, señor, teneis razon: igualmente desmerecia yo ocupar un trono tan soberano, como poseer el corazon de un príncipe como vos. Era demasiada mi temeridad en aspirar á la posesion de uno y otro, pero vos tampoco debíais mantenerme en este error. No ignorais los sobresal-

tos que me ha costado perderos, lo que siempre tuve por infalible para mí. ¡A qué fin asegurarme lo contrario? ¡A qué fin tanto empeño en desvanecer mis temores? Entónces me hubiera quejado de mi suerte y no de vos, y hubiera sido siempre vuestro mi corazon, ya que no podia serlo una mano que ninguno otro pudiera jamas haber logrado de mí. Ya no es tiempo de disculparos. Soy esposa del condestable; y por no esponerme á las consecuencias de una conversacion que mi gloria no me permite alargar sin padecer mucho el rubor, dadme licencia, señor, para cortarla, y para que deje á un príncipe á quien ya no me es lícito escuchar.

Dicho esto se alejó de Enrique con toda la celeridad que le permitia el estado en que se encontraba.—Aguardaos, señora, clamaba Enrique, no desesperéis á un príncipe resuelto á dar en tierra con el trono que le echais en cara haber preferido á vos, antes que corresponder á lo que esperan de él sus nuevos vasallos.—Ya es inútil ese sacrificio, respondió Blanca. Debiérais haber impedido diese la mano al condestable antes de abandonaros á tan generosos impulsos; y puesto que ya no soy libre, me importa poco que la Sicilia quede reducida á pavesas, ni que deis vuestra mano á quien quisieréis. Si tuve la flaqueza de dejar sorprender mi corazon, tendré á lo menos valor para sofocar sus movimientos, y que vea el rey de Sicilia que la esposa del condestable ya no es ni puede ser amante del príncipe Enrique. Al decir estas palabras se halló á la puerta del parque, entróse en él con precipitacion, acompañada de Nise, cerró la puerta con ímpetu, y dejó al rey traspasado de dolor. No podia menos que sentir la profunda herida que habia abierto en su corazon la noticia del matrimonio de Blanca. ¡Injusta Blanca! ¡Blanca cruel! exclamaba: ¿es posible que así hubieses perdido la memoria de nuestras recíprocas promesas? A pesar de mis juramentos y los tuyos, estamos ya separados. ¡Conque no fué mas que una ilusion la idea que yo me habia formado de ser algun dia el único dueño tuyo? ¡Ah, cruel, y qué caro me cuesta el haber llegado á conseguir que mi amor fuese de tí correspondido!

Representósele entonces á la imaginacion con la mayor viveza la fortuna de su rival, acompañada de todos los horrores de los celos; y esta pasion se apoderó tan fuertemente de él por algunos momentos, que le faltó poco para sacrificar á su resentimiento al condestable, y aun al mismo Sifredo. Pero poco despues entró la razon á calmar los ímpetus de su cólera. Con todo eso, cuando consideraba imposible el desimpresionar á Blanca del concepto en que estaba de su infidelidad, se desesperaba. Lisonjeábase de que cambiaria aquel concepto si hallaba arbitrio para hablarla á solas. Animado con este pensamiento, se persuadió de que era menester alejar de su compañía al condestable, y resolvió hacer-

le prender como á reo sospechoso en las circunstancias en que se hallaba el estado. En este supuesto dió la órden competente al capitán de sus guardias, el cual partió á Belmonte, se apoderó de su persona á la entrada de la noche, y llevóle consigo al castillo de Palermo.

Consternóse el palacio de Belmonte con este acontecimiento. Sifredo partió al punto á responder al rey de la inocencia de su yerno, y á representarle las funestas consecuencias de semejante prision. Previendo bien el rey este paso que su ministro daría, y deseando lograr un rato de libre conversacion con Blanca antes de dar libertad al condestable, había mandado espresamente que no se dejase entrar á nadie en su cuarto aquella noche. Pero Sifredo, á pesar de esta prohibicion, logró introducirse en la estancia del rey:—Señor, le dijo luego que se vió en su presencia, si es permitido á un respetuoso y fiel vasallo quejarse de su soberano, vengo á quejarme á vos de vos mismo. ¿Qué delito ha cometido mi yerno? ¿Ha considerado V. M. la eterna afrenta de que cubre á mi familia, y las resultas de una prision que puede alejar de su servicio á las personas que ocupan los primeros puestos del estado?—Tengo avisos ciertos, respondió el rey, de que el condestable mantiene inteligencias criminales con el infante Don Pedro.—¿El condestable inteligencias criminales! interrumpió sorprendido Leoncio. ¡Ah, Señor! no lo crea V. M.: sin duda han abusado de vuestro magnánimo corazón. La traicion nunca tuvo entrada en la familia de Sifredo; bástele al condestable ser yerno mio, para hallarse en este punto al abrigo de toda sospecha. Él está inocente; otros motivos secretos son los que os han inducido á prenderle.

—Puesto que me hablas con tanta claridad, repuso el rey, quiero corresponderte con la misma. Tú te quejas de que yo haya mandado arrestar al condestable. ¡Ah! ¿y no podré yo tambien quejarme de tu crueldad? Tú, bárbaro Sifredo, tú eres el que me has arrebatado inhumanamente mi reposo, poniéndome en situacion con tus cuidados officiosos de que envidie la suerte de los hombres mas infelices. No, no te lisonjees de que yo adopte tus ideas. Vanamente está resuelto mi matrimonio con Constanza....—¿Qué, Señor! interrumpió estremeciéndose Leoncio: ¿cómo será posible que no os caseis con la princesa, despues de haberla lisonjeado con esta esperanza á vista de todo el reino?—Si es que engaño su esperanza, repuso el monarca, échate á tí solo la culpa. ¿Por qué me pusiste tú mismo en precision de ofrecer lo que no podia cumplir? ¿Quién te obligó á escribir el nombre de Constanza en un papel que se había hecho para tu hija? Sabias muy bien mi intencion. ¿Quién te dió autoridad para tiranizar el corazón de Blanca, obligándola á casarse con un hombre á quien no amaba? ¿Y quién te la dió sobre el mio, para dispo-

ner de él en favor de una princesa á quien miro con horror? ¿Te has olvidado ya de que es hija de aquella cruel Matilde que, atropellando todos los derechos de la sangre y de la humanidad, hizo espirar á mi padre entre los hierros del mas duro cautiverio? ¿Y á ésta querias tú que yo diese mi mano? No, Sifredo, no aguardes de mí este paso. Antes de ver encendidas las teas de tan horrible himeneo, verás arder toda la Sicilia, y anegados de sangre sus campos.

—¿Qué es lo que escucho! exclamó Leoncio: ¡qué terribles amenazas! ¡qué funestos anuncios me haceis! Pero en vano me sobresalto; continuó mudando de tono. No, señor, nada de esto temo. Es demasiado el amor que profesais á vuestros vasallos para acarrearles tan triste suerte. No será capaz un ciego amor de avasallar vuestra razon. Echariais un eterno borron á vuestras virtudes si os dejarais llevar de las flaquezas propias de hombres vulgares. Si yo dí mi hija al condestable fué, Señor, únicamente por grangear para vuestro servicio á un hombre valeroso, que con la fuerza de su brazo y del ejército que tiene á su disposicion, apoyase vuestros intereses contra las pretensiones del príncipe Don Pedro. Parecióme que uniéndole á mi familia con lazos tan estrechos....—¿Ah! que esos lazos, interrumpió Enrique, esos funestos lazos son los que á mí me han perdido. ¡Cruel amigo! ¿Qué te había yo hecho para que descargases sobre mí tan duro é intolerable golpe? Habíate encargado que manejases mis intereses; pero ¿cuándo te dí facultad para que esto fuese á costa de mi corazón? ¿Por qué no dejaste que yo mismo defendiese mis derechos? ¿Parecete que no tendría valor ni fuerzas para hacerme obedecer de todos los vasallos que osasen oponerse á mi voluntad? Si el condestable fuese uno de ellos, sabría yo muy bien castigarle. Ya sé que los reyes no han de ser tiranos, y que su primera obligacion es la de mirar por la felicidad de sus pueblos; ¿pero han de ser esclavos de éstos los mismos soberanos, y esto desde el momento en que el cielo los elige para gobernarlos? ¿Pierden por ventura el derecho que la misma naturaleza concedió á todos los hombres de ser dueños de sus afectos? ¡Ah, Leoncio! si los reyes han de perder aquella preciosa libertad que gozan los demas hombres, ahí te abandono una corona que tú me aseguraste á costa de mi sosiego.

—Señor, replicó el ministro, no puede ignorar V. M. que el rey su tío sujetó la sucesion al trono á la precisa condicion del matrimonio con la princesa Constanza.—¿Y quién dió autoridad al rey mi tío, repuso aca-lorado Enrique, para establecer tan violenta como injusta disposicion? ¿Había recibido acaso él tan indigna ley de su hermano el rey D. Carlos cuando entró á sucederle? ¿Y por ventura debias tú tener la flaqueza de